

EL ATRACTIVO DE LO NUEVO

Tienes una vislumbre de la verdad, una intuición, lo ves todo claro, lo comprendes, lo abarcas, lo dominas; tu espíritu se siente lleno de esa verdad, y entonces cedés a la tentación de plasmarla en palabras, y te sientas ante el PC y escribes, y las palabras te brotan mágicamente rápidas y exactas, y te parece que has sido capaz de captar y plasmar esa maravilla interior del momento, para provecho de otros y para propia rememoración...

Pero cuando, pasado ese instante de perfección, esa vivencia de intensidad y de luz y de ausencia de sombra, intentas, partiendo de tus propias palabras, reproducir aquel momento mágico, eso ya no es posible: Los vocablos han perdido su valor, son pobres, cortos, inhábiles, inexpresivos... y lo que te sugieren no es sino una leve sombra, como un eco ridículamente deformado de aquella plenitud que fue tuya y que nadie te puede discutir ni arrebatarse, pero que ya nunca volverá en toda su integridad. ¿Y eso por qué? Porque su principal característica era la novedad, el descubrimiento, el alzamiento del velo. Y su repetición no posee ya el mismo interés y la misma emoción. Pero la semilla que en ti sembró, esa, aunque no te perca, habrá fructificado y te facilitará la vivencia de momentos de plenitud cada vez más frecuentes. Lo que sí será inevitablemente imposible de lograr es que los que te leen puedan evocar aquello como tú lo sentiste. ¡Las palabras son un instrumento tan pobre!

* * *